

mientras pueda no he de consentir que me roben ninguno de tus pensamientos.

—¡Las once!—dijo el coronel al oír la campana de un reloj. ¡Paulina, por Dios, fía en mí! En este asunto no hay, por mi parte, otra cosa que el deseo de complacer á un amigo á quien aprecio.

—¿Me aseguras que me amas á mí sola?—preguntó Paulina recelosa todavía.

—Te lo juro; entre todas las mujeres que he conocido ninguna hay que valga á mis ojos lo que vales tú.

—Ya no dudo—dijo la joven, en cuyas pupilas se advertía aún cierto sombrío recelo;—voy á vestirme; ¿está preparada la pieza de pintar?

—Sí, me ha dicho Pepa que la había arreglado. En aquel momento llamaron suavemente á la puerta.

—Adelante—dijo Paulina.

—Acabo de llegar con la *señorita modelo*;—dijo doña Sinforosa, que apareció en el umbral, con horrible sonrisa.

—¿Dónde está?—preguntó Paulina.

—Esperando en la antesala.

—Hágala usted entrar en el cuarto de pintar—dijo el coronel—y cuide mucho de que no vea ni á Pepa ni á ninguno de los demás criados: debe creer que es usted madre de Paulina y que ambas viven solas.

—Entiendo—dijo la vieja con una mueca maliciosa, y salió, cerrando la puerta.

## XXI

## El modelo.

Cuando doña Sinforosa salió del aposento en que se encontraban Paulina y el coronel, volvió al primer recibimiento, donde se hallaba Blanca sentada en una banqueta y esperando pacientemente.

—Mi hija ruega á usted, señorita—dijo doña Sinforosa—que pase á su cuarto de estudio en tanto que se acaba de vestir.

Blanca siguió á la vieja sin contestar y muy admirada, así de la transformación que se había operado en doña Sinforosa, la cual lucía un rico traje muy diferente del que había llevado á su casa en la noche anterior, como de la poca libertad que la pintora daba á su madre, quien dejaba á las gentes en la antesala hasta que aquella disponía otra cosa.

Doña Sinforosa abrió una puerta y se hallaron en una sala cuadrada y espaciosa que recibía la luz por el techo.

Tres ó cuatro caballetes de diferentes tamaños, colocados en orden; algunas paletas preparadas, y cuadros de escaso mérito, pendientes de

las paredes, daban á aquella estancia un aspecto de taller tan verdadero, que Blanca nada sospechó.

En el caballete mayor había preparado un lienzo grande, destinado sin duda á pintar la Virgen para la cual debía servir Blanca de modelo.

—Siéntese usted, señorita—dijo doña Sinfrosa examinando á la joven con ávidos ojos y presentándole una silla de las pocas que había en el cuarto.

Sentóse la niña y empezó á examinar con curiosidad los modelos de yeso pendientes de las paredes, en tanto que la vieja la miraba con sostenida atención.

En todo el curso de su infame vida no había visto aquella culpable anciana una criatura parecida á Blanca ni había podido imaginar que existiera.

Jamás la juventud, la belleza, la inocencia y la bondad han ofrecido más divino conjunto.

Llevaba Blanca el mismo pobre vestido de lana color de lirio que el día anterior tenía puesto en su casa; una manteleta de merino negro, elegantemente cortada y guarnecida de anchos flecos, ocultaba su airoso talle y se cerraba modestamente en su bella garganta, encuadrada con gracia en un cuellecito blanco, como sus mangas.

A través de los ampulosos pliegues de tu traje y de su manteleta se adivinaba toda la gracia cándida y gentil de su figura; su tez trigueña y pálida y la ligera nube que empañaba sus grandes ojos garzos la acusaban de haber pasado una noche en vela.

Sus cabellos, rizados naturalmente como los de Paulina, pero suaves y sedosos, caían en gruesos bucles en torno de su cuello y estaban medio velados por una humilde mantilla de tul liso; mas hasta la pobreza del traje estaba realzada por el encanto natural de Blanca; parecía que ésta había elegido tan modesto atavío para que luciesen más sus gracias.

Todo era en ella decoroso y suave; sus manecitas estaban cubiertas con finos guantes de piel de un color verdoso, enteramente nuevos, y gracias á uno de sus templados movimientos pudo columbrar el ojo avizor de la vieja el brillante charol de las botas que encerraban sus diminutos pies.

Aun miraba Blanca un busto de yeso colocado enfrente de ella cuando oyó abrir y cerrar con estrépito una puerta, y se volvió asustada.

Era el coronel, que se marchaba para ir á noticia al conde que ya tenía allí su presa, y que habiendo oído hablar mucho y muy mal del nido de palomas no tuvo inconveniente en entrar en el taller.

Saludó apenas á la joven y se puso á contemplarla con descaro.

Una ardiente púrpura vistió las puras facciones de Blanca; jamás había soportado durante tanto rato la mirada de un hombre, y aquella mirada la quemaba como una llama y le ocasionaba una insoportable incomodidad.

—Puedo llamarme muy feliz por este encuentro, hermosa niña—dijo el coronel, apoyándose familiarmente en el respaldo de la silla que ocupaba Blanca, en tanto que la buena de doña Sinfrosa se retiraba discretamente.

La joven nada contestó; bajó la cabeza aun más confundida, y el terror, la vergüenza y la aflicción sellaron sus labios.

Alentado el coronel con un silencio que calificaba muy odiosamente, se aventuró á tomarle una mano.

—¡Caballero!—exclamó Blanca levantándose y mirando á Eduardo con dolorosa cólera, al mismo tiempo que retiraba su mano con violencia.

Aquel acento y la mirada de aquellos grandes ojos dejaron absorto al coronel.

Nunca había oído una voz como aquella ni visto una mirada semejante, pues aunque podía contar entre sus hazañas muchas mujeres buenas seducidas, sin embargo, Blanca era el bello ideal del candor y de la virtud.

Todavía no había vuelto de su sorpresa cuando oyó pasos que le eran muy conocidos; era Paulina que salía de su cuarto y venía á desempeñar su papel de artista con la inocente niña.

El coronel se dirigió presuroso hacia la puerta, temeroso de exponerse á un arrebató de celos de Paulina que perjudicase los planes del conde con respecto á Blanca, y ésta, dominada por una invencible timidez, procuró serenarse, proponiéndose no volver más á aquella casa.

El aspecto de Paulina no contribuyó mucho á tranquilizarla; saludóla ésta con una dulzura afectada y empalagosa, en tanto que fijaba en ella una mirada celosa, y se sentó delante de su caballete.

La viuda del torero iba, sin embargo, vestida como correspondía al papel que debía representar; llevaba un traje de seda muy usado y un cuello blanco; un delantalillo de seda negro y unos manguitos de percalina, para resguardar sus mangas de los accidentes de la paleta, completaban su atavío.

—Gracias, señorita—dijo á Blanca, haciendo todo lo posible por dulcificar su acento.—La circunstancia de estar algo enferma y tener aquí todos mis útiles de pintura me han obligado á enviar á mi madre para rogar á usted que viniese, ya que yo no podía ir á su casa.

Blanca guardó silencio; la figura de aquella

mujer, delgada, de fisonomía viva y apasionada y de ojos atrevidos y ardientes le era antipática; contentóse con saludar cortésmente, como indicando que podía comenzar cuando quisiera.

—Tenga usted la bondad de darme el velo y luego siéntese—dijo Paulina, desprendiendo la mantilla de la hermosa cabeza de Blanca;—no es menester que esté usted en pie en tanto que diseño la cabeza.

Blanca se sentó en una silla que Paulina había vuelto de frente al caballete, y ésta ocupó un sillón que estaba junto á él; sacó los pinceles y empezó su obra.

Poco á poco se fué interesando por la hermosura de aquella cabeza de Virgen, y el sentimiento de lo bello, que estaba casi extinguido en su alma, apareció de nuevo con más fuerza que nunca.

Corría el pincel de Paulina cuando sonó con fuerza la campanilla, y un instante después aparecieron en el taller el conde D... y el coronel.

—Mi amigo el conde D... quiere encargar á usted un cuadro, Paulina—dijo el coronel, en tanto que el conde miraba á Blanca con profunda atención.

Paulina les miró con disgusto; por la primera vez de su vida sentía un placer en la pintura.

—Permítanme ustedes, señores—dijo—que dé algunos toques más en esta frente, y después

abriré mi galería de pinturas para que pueda verla este caballero.

Otra persona que no hubiera sido la inocente Blanca se hubiera reído ó indignado al oír hablar de una galería de pinturas en tan modesta casa, y hubiera conocido que la artista buscaba sólo un pretexto para salir de la habitación, fuese cualquiera la causa que á ello le impulsase; pero aquella infeliz niña, que no conocía el mundo ni la corrupeión de sus habitantes, permaneció inmóvil para que la artista copiase con toda la comodidad posible su hermoso rostro.

—Hace bien la amante de usted en quedarse con el retrato de esa joven—dijo el conde en voz baja al coronel;—jamás se ha visto mujer de esta clase tan bella y con un aspecto tan inocente.

—¿Pues de qué clase la cree usted?—repuso el coronel llevándose al conde hacia la puerta.

—¡Bah! ¡Bien lo sabe usted!

—Creo que está usted en un error, conde—dijo el coronel mirando á Blanca con profunda compasión;—¿no sabe usted lo que ha costado traer aquí á esta niña?

—Ofrecerla mucho oro, y no la faltará, porque me gusta de veras.

—¿Quién ha dicho á usted que se le ha ofrecido dinero?

—La mujer encargada de conquistarla.

—Pues ha mentido; yo creía á usted mejor informado; para sacar á esta joven de su casa ha sido menester un pretexto noble, santo; se le ha hecho creer que hacía una obra de caridad viniendo á servir de modelo á una artista muy pobre que no podía pagarlo.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Qué cándido es usted, coronel!—exclamó el conde soltando una carcajada nerviosa y amarga.—Todas las mujeres son vestales si se las oye.

—No he oído yo á ésta; pero créame usted, conde; no ha emprendido usted una seducción fácil, vulgar, de algunas horas... ¡esa vieja infame quiere sacar á usted dinero de todos modos y se lo exigirá para esa joven, siendo ella la que se lo guarde! ¡Créame usted... vaya despacio... hay en esa niña algo de santo que no he visto en ninguna mujer y que á mí mismo me impone!

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¿Va usted á concluir por enamorarse de ella?

—¡Oh! Me hace daño esa amarga risa, amigo mío; usted padece, sí; pero no haga usted víctima á esa pobre niña de la venganza que quiere usted tomar de las mujeres en general.

—¡Pues bien, sí! Yo anhelaba amar, pero no puedo!... ¡Odio á las mujeres!

—Voy á abrir la galería, señor conde—dijo Paulina levantándose, y luego, dirigiéndose á

Blanca, añadió:—puede usted descansar un instante, señorita.

Salió Paulina y los ojos del conde se volvieron hacia Blanca, que permanecía ruborosa y mirando al suelo; después se acercó á ella y, apoyándose en el respaldo de la silla en que estaba sentada, se inclinó por encima de la cabeza de la joven hasta tocar casi la frente de ésta con sus labios.

El alarido de terror de la pobre mujer que se ve súbitamente amenazada de muerte no es tan amargo ni tan penetrante como el grito que lanzó la desdichada Blanca al ver la osadía del conde; cubrióse de arrebatada púrpura su rostro y en seguida se vistió de una palidez mortal; luego corrieron por sus mejillas abundantes lágrimas y se dirigió á la puerta con inseguro paso.

—¡Por Dios, que no es usted poco asustadiza, niña!—exclamó el conde persiguiéndola; y rodeándole el talle con su brazo quiso detenerla.

Pero Blanca se volvió con rapidez y se escapó de aquel odioso lazo.

—¡Déjeme usted—gritó con voz llorosa, pero vibrante;—quiero volver á mi casa!

—Aun no—repuso el conde.—¡Coronel, llame usted á Paulina!

—¿Para qué?—preguntó Eduardo, que desde el principio de esta repugnante escena había mudado varias veces de color.

—Para que convenza á esta niña de lo que puedé valerle mi amor.

—¡Déjeme usted salir!—gritó de nuevo Blanca mirando á través de sus lágrimas al conde con el más soberano desprecio y sin dignarse contestar siquiera á sus insultos.

En aquel instante apareció Paulina, quien, á la primera mirada, conoció lo que pasaba.

—¡Sáqueme usted de aquí, señora!—exclamó Blanca llorando.—Usted no me quiere mal.. ¿qué he hecho á usted yo? ¡Sin duda, al suplicarme que viniera á su casa, no contaba usted con la presencia de esos dos hombres!...

—¿Pues qué han hecho á usted?—preguntó Paulina con una sonrisa infame.—Este caballero, sin duda—añadió señalando al conde—habrá dicho á usted que la ama, y no veo una razón...

Aquella sonrisa, aquellas palabras traspasaron el corazón y trastornaron la cabeza de la infeliz niña; conoció que había caído en un lazo, y trémula, azorada, casi loca, se puso á gritar con todas sus fuerzas:

—¡Socorro!... ¡Socorro!...

—¡Eh! ¡Tápenla ustedes la boca!—dijo doña Sinforosa apareciendo en el umbral.—Delante de la casa se han detenido muchos curiosos y los vecinos están todos en los balcones.

—¡Calle usted!—dijo Paulina con imperio.

—¡No callaré, no!—gritó Blanca con más

fuerza; y viendo á través de la puerta que tenía abierta doña Sinforosa una ventana en el recibimiento, corrió hacia ella, la abrió con ímpetu y se arrojó hacia afuera.

Mas una mano vigorosa la detuvo. Era la del coronel, en cuyos brazos quedó la infeliz niña sin sentido.

—¡Basta!—dijo volviéndose con severo semblante hacia el conde.—Desde este momento nadie lanzará á esta joven una mirada equívoca, al menos estando yo delante.

—¡Deje usted á esa mujer!—gritó Paulina.—¿Será usted tan necio que vaya á convertirse en el campeón de una advenediza?

—¡Esta joven es la mujer más virtuosa que he encontrado!—respondió con severidad el coronel;—conde—añadió—desista usted de sus propósitos, se lo aconsejo como amigo.

—Pero va á cansar á usted el brazo—dijo amargamente Paulina.

—Esta niña no puede permanecer en la casa de usted un instante—repuso el coronel;—ve á buscar un coche—concluyó, dirigiéndose á doña Sinforosa.

Ésta obedeció en silencio; el coronel, sin soltar á Blanca, se acercó al caballete donde había estado pintando Paulina y arrancó el lienzo que descubría las facciones de Blanca.

—Nada debe quedar aquí de esta joven—dijo;

y oyendo entonces el ruido del carruaje que llegaba, salió de la estancia y bajó la escalera con su preciosa carga.

Los curiosos abrieron paso y poco después de partir el carruaje entraron en la casa los agentes de seguridad pública, cuya intervención había ido á reclamar un espectador al oír los gritos de Blanca.

Doña Sinforosa, muerta de terror, les informó del suceso, y tanto ella como su supuesta hija fueron aprehendidas y conducidas á la cárcel por escándalo.

## XXII

### El padre.

El conde miró desde la calle partir á la viuda del torero y á su *honrada* patrona entre los agentes de policía; la casa fué cerrada por orden de la autoridad, la gente se dispersó y aun permanecía el esposo de Clotilde inmóvil y meditabundo.

Su pensamiento seguía el carruaje que llevaba al coronel y á Blanca; al coronel, que había osado amenazarle; á Blanca, á quien había ofendido con tanta bajeza y villanía.

Un buen corazón y los instintos de un alma generosa no se vuelven de súbito crueles y rastroseros; el conde, acérrimo defensor de las muje-

res; el conde, que toda su vida había mirado en ellas la parte más bella del género humano; el conde, que las había considerado y respetado siempre, no podía menos de avergonzarse y de sorprenderse de su brutal y extraña conducta.

La atmósfera impura de la abominable casa adonde había hecho conducir á Blanca habíale pervertido en un instante, del mismo modo que una ráfaga de aire corrompido marchita en breves momentos un ramillete de frescas y aromadas flores; mas las dignas y graves palabras del coronel, así como la vista del cielo puro y del radiante sol, le volvieron á un mundo mejor, disipando las opacas sombras del vicio.

—¿Soy yo—pensaba en tanto que marchaban entre los agentes las infames habitadoras de aquella casa—soy yo el mismo hombre que hace pocos días decía á Cellemare que deseaba amar á esa mujer y sacarla, si era culpable, del abismo en que vivía? ¿Qué se hicieron aquellos buenos propósitos? Hoy la he insultado, la he tratado bárbaramente, porque... quizá es buena... sí, Honorio tenía razón; ¡la miseria que se oculta es siempre honrada!

Levantó la cabeza maquinalmente al hacer esta reflexión, y su mirada tropezó con la bella figura del príncipe de Cellemare.

—¡Siempre triste!—dijo el príncipe con benévola sonrisa.

—¡Siempre!—repuso el conde.—Pero usted, ¿adónde va á pie á estas horas?

—Contemplo mejor á pie que en carruaje el sol y el cielo, esas dos necesidades de mi alma, y hoy, sobre todo, me son más precisos el cielo y la luz, porque tengo la cabeza destrozada.

—¿Está usted enfermo?

—No; pero anoche me ha sucedido... ¡Oh! ¡Si supiera usted!—exclamó el príncipe llevándose las manos á la frente.

—¿Qué?

—Anoche estuve en el famoso *nido de palomas*—continuó el príncipe con la mirada vaga, como quien contempla una aparición lejana.

—¿De veras?—preguntó el conde asombrado de tal coincidencia.—¿Y qué vió usted en él?

—Mucha miseria, pero también mucha pureza y una sublime virtud; sí, á pesar de todo cuanto se diga, esas pobres jóvenes son tres ángeles: no hubiera dado Dios la imagen de mi madre á una mujer que no fuese buena!...

—No comprendo á usted, Honorio;—dijo el conde, que sabía hasta dónde llegaba la imaginación entusiasta del italiano.

—La mayor de esas jóvenes se parece á la princesa mi madre de un modo perfecto: sí, sí... Se parece tanto que no puedo vivir sin ella. Yo quise anoche conocerlas, porque lo mucho que de ellas se habla había despertado mi curiosidad.

—¿Fué usted bien recibido?

—Sí, porque, á pesar de lo que se las infama, no me creí dispensado para con ellas de toda consideración, y busqué un pretexto decoroso: me fingí un antiguo deudor de su padre y pintor de profesión y me hallé casi moribunda á la mayor de las tres.

—¿A la que se parece á la madre de usted?

—Sí; y no sé por qué infernal casualidad subió á verlas al mismo tiempo que yo el marqués de la Oliva. Un pobre hombre, que vive en la misma casa, había llamado á un anciano doctor que, al principio, manifestó un interés casi paternal hacia la joven enferma; mas apenas reparó en el marqués y en mí, se despidió con frialdad, alegando que su ciencia no alcanzaba á curar los resultados de una vida relajada.

—¡Desgraciadas niñas!—exclamó el conde.

—En aquel momento—prosiguió Cellemare—me trastornaron el dolor y la sorpresa; amigo mío, no puedo ni quiero ocultar á usted que, á la vista de Ofelia desmayada, un nuevo mundo se abrió ante mis ojos... Tembló mi corazón y me pregunté si la presencia de aquella hermosa niña no daría á mis palacios una belleza que yo no les he encontrado durante mi larga y solitaria juventud. Así, pues, al oír las palabras del médico me pareció que había caído al infierno desde lo más alto del cielo, y perdida mi imaginación,

exaltada, huí de aquella casa en pos del anciano que tanto mal me había hecho.

Guardó silencio el conde preocupado por tristes pensamientos, y el príncipe continuó, tras una breve pausa:

—Hoy tengo que volver á verla... lo necesito... Mi alma entera vuela hacia ella; he reflexionado que lo que ha perdido á esas jóvenes ha sido la infame maledicencia del marqués... ellas han menester un amparo... son huérfanas... están solas y expuestas á mil peligros á pesar de su virtud.

—¿Qué trata usted de hacer?

—No lo sé... las veré todos los días y ellas quizá se fiarán de mis consejos, que serán nobles y desinteresados; en fin, yo vivo solo en el mundo desde que perdí á mi madre, y esta buena obra me servirá de distracción.

—¿No conoce usted que está perdidamente enamorado de esa joven?

—Lo sospecho: ¿mas qué importa? Me casaré con ella, y ese será el medio de imponer respeto á la maledicencia.

Miró el conde absorto á aquel hombre tan generoso, y conmovido del penoso contraste que hacía la conducta que él había observado con Blanca con la que el príncipe trataba de observar con la hermana de ésta, guardó silencio acerca de su aventura de aquella mañana.

—Por aquí viene el coche del marqués de la

Oliva;—dijo Cellemare haciendo un gesto de repugnancia;—me voy á fin de que no me hable Adíós, conde; esta noche veré á usted en su casa.

El esposo de Clotilde presentó su mano á Cellemare, que se la apretó cordialmente y echó á andar al mismo tiempo que llegaba el carruaje del marqués enfrente de ellos.

Detúvose el coche y Carlos se apeó.

—¿Qué tendrá contra mí ese estrafalario príncipe?—dijo el marqués.—Es de mal tono mostrar rencor á un enemigo después de un desafío.

El conde ocultó bajo una sonrisa la expresión de odio que se retrataba en sus facciones y nada respondió.

—¡Ah! Tengo que dar á usted una nueva que le entristecerá, porque el corazón de usted es bueno—prosiguió el marqués.—Nuestro amigo Fernando de Silva acaba de quedar viudo; su mujer ha muerto en Valencia; pero ¡bah! dicen que era fea y ordinaria, aunque muy rica.

Una súbita palidez invadió las mejillas del conde; quedaba libre el amante de su esposa, y, por tanto, ésta tenía un miramiento menos de esos que dicta la conciencia. El marqués le contempló durante algunos instantes con maligna sonrisa, y luego, despidiéndose de él, volvió á subir á su carruaje lleno de gozo, pues estaba seguro de haber causado al esposo de Clotilde una profunda herida.

Este tomó á pasos lentos el camino que llevaba á su casa.

¿Sabía dónde iba? Quizá no; el instinto de su corazón era el que únicamente le guiaba, ó mas bien el instinto de sus celos.

Quería ver á su esposa y leer en su semblante el efecto que le había hecho la libertad en que había quedado Fernando de Silva.

Llegó por fin á su palacio y se dirigió á la habitación de la condesa.

Esta se hallaba en su tocador acabando de disponerse para salir; en la pieza inmediata los dos niños gemelos reían y jugaban en brazos de sus nodrizas.

Alteráronse las facciones del conde al oír las dulces vocecillas de sus hijos y su semblante pintó una penosa lucha; empero el demonio del orgullo triunfó en su alma y no los miró siquiera á través de las hojas medio entornadas de la puerta.

Tenía puesto la condesa un vestido de seda verde malva y un pañolón de cachemir; cuando entró el conde estaba de pie delante de un gran espejo de vestir, prendiendo en sus cabellos los numerosos pliegues de una mantilla de terciopelo guarnecida de ricas blondas.

Sobre la mesa se veía su pañuelo de batista, sus guantes de piel de Suecia y una linda sombrilla oscura.

Al ver á su marido Clotilde hizo señas á la doncella que la asistía para que se retirara.

El conde la saludó fríamente con la cabeza, y luego, dejándose caer en un sillón, la contempló con fijeza durante algunos instantes.

Clotilde estaba pálida y delgada; grandes ojeras oscuras rodeaban sus rasgados ojos, mas sus facciones respiraban una calma profunda.

—¡Va á ver á su amante!—pensó amargamente el celoso marido al ver el traje modesto y sencillo de su esposa;—quizá nada sabe todavía de su viudez.

—Tengo que dar á usted una buena nueva, señora—dijo el conde devorando con la vista todos los movimientos de su mujer.

—¿A mí?—repuso Clotilde con sencilla admiración y como si ya no esperase ninguna noticia agradable.

—A usted; la esposa de Silva ha muerto.

El conde lanzó rápidamente y sin preparativo alguno estas palabras, y continuó mirando á su mujer, que palideció ligeramente, sin contestar.

—Debe usted, pues, estar en extremo gozosa, señora—añadió el conde con amargura—porque esa muerte ahorrará á usted algunos escrúpulos de conciencia.

—No lo crea usted—dijo Clotilde, repuesta ya de su pasajera emoción;—siento mucho esa desgracia.

—¿La siente usted?

—Sí por cierto.

—¿Y por qué?

—Me han dicho que la señora de Silva era muy joven, y la juventud me interesa siempre.

—¿Ahora irá usted á consolar á Silva, no es verdad?

—No—contestó la condesa sin mostrarse resentida por aquel insulto, aunque el color de la vergüenza subió á su frente;—voy á ver y á socorrer á unas infelices niñas, de quienes me han hablado, con el pretexto de encargarles unos bordados.

—¿Son pobres?

—Mucho; son tres, tan desgraciadas como hermosas.

—¿Dónde viven?—tornó á preguntar el conde, cuyo corazón había dado un vuelco.

—Lejos de aquí; en la calle de San Bernardino.

—¿Quién ha hablado á usted de ellas?

—Rosa, la ramilletera que nos provee de flores; ayer mañana, al traer los ramos para el baile que dimos por la noche, me estuvo hablando largo rato de esas pobres niñas.

—¿Va usted á pie?

—No, pero dejaré el coche al entrar en su calle para no amedrentarlas con una visita demasiado pomposa.

—¿Sabe usted cómo se llaman?—preguntó el conde.

—No.

—Yo puedo decírselo á usted; se llaman las señoritas de Valdés, y le advierto á usted que amo ciegameamente á la más joven de ellas.

Tembló la condesa al oír estas crueles palabras, pero no perdió nada de su dulce compostura, y respondió:

—Doy á usted gracias por haberme dicho el nombre de esas jóvenes, pues así las encontraré con más facilidad.

—Después de la confesión que he hecho á usted, señora, bien puede usted ir á consolar á Silva.

—Después de la confesión que me ha hecho usted, señor conde, queda mi honor y el de mis hijos—contestó Clotilde sin alzar la voz, sin irritarse y sin demostrar la más ligera emoción ó el más leve abatimiento.

El conde la miró absorto; el hombre más cínico, el más perverso, el más desalmado acata siempre el pudor, la calma, la dignidad y la dulzura.

—Dejo á usted en libertad de ejecutar su benéfico propósito, señora—dijo levantándose; y luego, no pudiendo consolarse su odioso orgullo sin herirla nuevamente antes de separarse de ella, añadió:

—Ya que tanto estima usted su honor, señora, por su honor le aconsejo que cuando venga Silva no le demuestre demasiado su alegría.

Inclinóse la joven como para darle gracias por el consejo, sin querer rebajarse hasta decirle que no recibía á Silva; pero su conmoción fué tan penosa al sentir este horrible tiro, que tuvo que guardar silencio algunos segundos antes de responder.

—Doy á usted gracias de nuevo por la advertencia—dijo con amable y reposada sonrisa;—no obstante, por lo que toca á mi honor, no necesito ninguna.

Acabó, al pronunciar estas palabras, de ponerse los guantes, y abrió la puerta del cuarto de sus hijos, á quienes confundió en un solo abrazo, besándoles con ternura repetidas veces.

Los niños columbraron al conde inmóvil en el aposento y, tendiéndole ambos sus bracitos, gritaron con su gorjeo infantil:

—¡Papá... papá!

Salió Clotilde después de haberlos abrazado de nuevo para recompensar á las inocentes criaturas de la dureza de su padre, que aun permanecía inmóvil; mas á pesar de toda su firmeza, el conde vió deslizarse por las flacas mejillas de la desgraciada joven dos gruesas y silenciosas lágrimas.

Ni aun este espectáculo le conmovió; acompa-

ñó á Clotilde con frialdad hasta el vestibulo, y ella bajó la escalera para tomar su coche.

Augusto permaneció quieto hasta que oyó que se alejaba el carruaje; entonces volvió á la habitación de los niños, los tomó en sus brazos y los cubrió de besos, en tanto que ellos, jugando con sus cabellos, batiendo sus manecitas y gorjeando alegremente, gritaban entre risas:

—¡Papá... papá!

El conde despidió á las nodrizas; se tendió con sus hijos en la alfombra y permaneció con ellos una hora, estrujándolos á caricias y haciéndoles bailar entre sus robustos brazos.

Cuando salió de aquel cuarto sudaba cansado y molido de los juegos con que se había desquitado de los dos meses que había vivido sin hijos; pero sus ojos brillaban de gozo y de entusiasmo; dirigióse á su habitación, y aquel hombre tan fuerte, tan duro, tan orgulloso y tan dueño de sí mismo, se dejó caer de rodillas delante de una imagen del Crucificado, cruzó las manos y exclamó con los ojos cubiertos de lágrimas:

—¡Gracias, Dios mío, gracias, soy padre!

Rezó durante algún tiempo, y su plegaria fué acompañada desde lejos por los gritos gozosos de sus hijos, que le llamaban como agradecidos de que les hubiera devuelto su amor y sus caricias.